

# INVESTIGAR ES SUFRIR



TERRA CRÍTICA  
**José Albelda**

Profesor de la Universitat  
Politécnica de València

La conocida sentencia «que inventen ellos», de **Unamuno**, fácilmente se puede trocar hoy en día en «que investiguen ellos», que es una renuncia todavía más amplia. Este no es país para investigadores, y no solo porque no tengamos mucho dinero, sino porque a los políticos no les interesa especialmente. Lo nuestro, ya se sabe, es ser la reserva espiritual de Europa y últimamente también la hostelería.

Por lo demás, los futuros investigadores deben aprender a vivir la precariedad. La mayor parte de los estudiantes de doctorado no tiene una beca que realmente les permita centrarse únicamente en su tesis; a su vez, las tasas de los nuevos programas son más altas que antes de la crisis, al igual que las de los másteres. Si finalmente el estudiante consigue alguno de los escasos contratos predoctorales de investigación de las convocatorias públicas, entonces deberá emprender una lucha constante para desarrollar su investigación. Sí, porque probablemente le to-

que dedicar el 60 % de su tiempo a tareas de gestión –por ejemplo mi universidad, la UPV, cuenta con muy escaso personal administrativo de apoyo a la investigación– de manera que si hay que organizar un congreso, un seminario o un viaje de investigación, tendrá con el resto del equipo que buscar el hotel de los participantes, gestionar los viajes, preparar las facturas, justificarlas, etcétera. Y si el investigador es extranjero –extranjero europeo, por ejemplo– por supuesto tendrá más trabas burocráticas. Este no es exactamente un país que anime a los investigadores –españoles o extranjeros– a quedarse.

Y claro, junto a todas estas dificultades tendrá que afrontar la forma de *medir* la investigación en la universidad española. Con unos criterios estrictos que necesariamente recortan la libertad de dirigir el trabajo hacia los fines y los plazos que en rigor serían los adecuados. Al final, el investigador no investiga, publica o participa en lo que quiere, sino que se ve *forzado* a participar solo en aquello que puntúa, por ejemplo en publicaciones especializadas de perfil muy estricto y en muchas ocasiones con escasa repercusión para la sociedad.

Por poner un ejemplo histórico conocido, **Einstein** hoy en día no habría tenido ninguna oportunidad. El trabajo refle-

xivo a lo largo de un tiempo dilatado que le llevó a enunciar su Teoría de la Relatividad General habría sido imposible en el actual sistema universitario. Al cabo de un tiempo sin aportar a la base de datos suficientes artículos en revistas de supuesto alto impacto, se le abriría cargado de docencia por no *producir* suficiente investigación. Por lo demás, es dudoso que Albert pudiera conservar la necesaria lucidez y tiempo para imaginar su teoría mientras contestaba decenas de *mails* diarios y asumía la gestión cotidiana de las plataformas digitales... Y si hubiera intentado presentar su *paper* de la relatividad a algún congreso con la intención de que le hicieran caso o lograr algún micro-punto para alimentar su índice de investigación –un congreso con actas con ISBN, si no, no puntúa, aunque sea bueno– es probable que hubiera pasado de-

Einstein hoy en día no habría tenido ninguna oportunidad. El trabajo reflexivo a lo largo de un tiempo dilatado que le llevó a enunciar su Teoría de la Relatividad habría sido imposible en el actual sistema universitario

sapercibido entre el sinfín de comunicaciones presentadas –a 15 minutos por participante– pues hay que hacer méritos para el currículum investigador. Einstein no habría tenido ninguna posibilidad de acreditarse por la Aneca.

Quizás la alternativa sea desandar el camino al que aludía **Argullo** en su excelente artículo *La cultura enclaustrada*, donde denunciaba que el humanista ha sido arrinconado por el burócrata: que el conocimiento regrese a los monasterios de donde salió al final de la Edad Media, abandonando unas universidades dedicadas al cómputo cuantitativo de la investigación –eso sí, no siempre a favor del interés público– sumergidos en una nueva edad media digital que dificulta de forma extrema distinguir el grano de la paja, lo sustancial de lo accesorio. Recordemos que en ocasiones el exceso de luz nos hace cerrar los ojos, entrando, como ahora, en una nueva era de oscuridad aparentemente luminosa.

Investigar es sufrir, pero no solo, por eso seguimos. La investigación es uno de los grandes retos en los que la creatividad humana puede buscar el mejor sentido de la palabra progreso: el que nos lleva a un mundo más habitable, más equilibrado e inclusivo, más sostenible. Investigar no debe ser algo ajeno a la ética del compromiso humanista, debe regresar a su primer sentido ilustrado: buscar la vida buena deseable, no el simple avance en la complejidad y eficiencia de los procesos tecnocientíficos ante el mandato del dios Mercado.